

XVIII

Ruidosos aplausos de abajo, y aplausos, patadas y gritos de arriba, ahogaron las últimas palabras del orador. Presentación me miró: sus mejillas estaban inundadas de lágrimas.

—¡Oh, Sr. de Araceli!—me dijo.—Ese hombre me ha hecho llorar. ¡Qué hermoso es lo que ha dicho!

—Señora Doña Presentacioncita, ¿no repara usted que ni su hermana, ni Inés, ni Lord Gray parecen por ningún lado?

—Ya parecerán. D. Paco ha ido á buscarlas y dará con ellas... Ahora está hablando otro, y dice que aquél no tiene razón. ¿Cómo entendemos esto?

Otro orador usó de la palabra, pero por poco tiempo.

—Parece que ahora tratan de otro asunto—observó la muchacha, observando siempre.—Y allí se ha levantado uno que saca un papel y lo lee.

—Se me figura que ese es D. Joaquín Lorenzo Villanueva, el diputado por Valencia.

—Es clérigo. Parece que lee un papel impreso.

—Sin duda un periódico de los que ponen como chupa de dómine á las Cortes. Aquí acostumbran leer las picardías que los pape-

les públicos dicen de los diputados, y las contestaciones que éstos se sirven dirigirles.

En efecto: Villanueva, furioso porque *El Conciso* se reía de sus proyectos de ley, lo denunciaba al Congreso Nacional, y luego nos regalaba la contestación. Era ésta una de las anomalías y rarezas de aquélla nuestra primera Asamblea, bastante inocente para detenerse en disputar con los periódicos, dictando luego severas penas que contradecían la libertad de la imprenta.

—Parece que va á haber tumulto—me dijo Presentación.—¡Cielos divinos! Se levanta á hablar otro predicador... ¡Pero si es Ostolaza...! ¿no le ve usted? el mismo Ostolaza. ¿No ve usted su cara redonda y encarnada?... Si su voz parece una matraca... y ¡qué gestos, qué miradas...!

Rompió á hablar Ostolaza, y con su discurso empezaron las risas y burlas, arriba y abajo, sin que el Presidente acallarlas pudiera, ni el orador hacerse oír con claridad. Volvióse á las tribunas, y con el gesto desenfadado las despreció, y crecieron tumultos y voces, sobre todo en nuestro balcón, donde varios individuos de sombrero gacho y marsellés no podían convencerse de que estaban en lugar muy distinto de la Plaza de Toros.

—Dice que nos desprecia—observó Presentación en voz muy baja.—Se ha puesto rojo como un tomate. Amenaza á las tribunas porque nos reímos de su facha. Sí, Sr. Ostolaza, nos reímos de usted... ¡Miren el mamarracho, espantajol! ¿Por qué no le retiran las licen-

cias? Si es un predicador de aldea... Insulta á los demás. ¿Usted qué sabe, so bruto? Porque en casa le oímos con la boca abierta cuando nos sermonea, cree que le van á tolerar aquí...

Un individuo de las tribunas gritó:

—¡Afuera el apagacandelas!

Y el barullo y vocerío tomaron proporciones tales, que los porteros nos amenazaron con echarnos á todos á la calle.

—Sr. de Araceli—me dijo Presentación, encendida y agitada por el entusiasmo,—tendría un grandísimo placer... ¿en qué creerá usted? Me regocijaría muchísimo... ¿de qué pensará usted? De que ahora se levantara de su asiento el señor Presidente y le diera dos palos á Ostolaza.

—Aquí no es costumbre que el Presidente apalee á los diputados.

—¿No?—dijo con extrañeza.—Pues debiera hacerlo. Me estaría riendo hasta mañana: dos palos, sí, señor, ó mejor cuatro. Los merece. Aborrezco á ese hombre con todo mi corazón. El es quien aconseja á mamá que no nos deje salir, ni hablar, ni reir, ni pestañear. Asunción dice que es un zopenco. ¿No cree usted lo mismo?

—¡Que le den morcilla!—gritó una voz becerril en el fondo de la galería.

—Comparito—dijo otra voz dirigiéndose al orador,—¿todo ese enfao es verdá ó conversación?

—¡Señores—exclamó, volviéndose á todos lados, un diarista almibarado, pelipecido y amarillento,—estos escándalos no son propios

de un pueblo culto! Aquí se viene á oír y no á gritar.

—Camaraíta—preguntóle con sorna un viejo chusco que allí cerca había,—eso que osté ha dicho, ¿es jabla ó rebuzno?

—Sóplenne ese ojo,—gritó otro.

—Señores, que el Presidente nos va á echar á la calle, y perdemos lo mejor de la sesión.

—Señora Doña Presentacioncita—dije yo á la muchacha,—bueno será que nos marchemos. La tribuna se alborota, y no es prudente seguir aquí. Además, los extraviados no parecen y debemos buscarlos afuera.

—Esperemos aún... En suma, Sr. D. Gabriel—me dijo con encantadora inocencia,—¿todos esos hombres para qué están aquí, para qué hablan, para qué gritan?

Le contesté lo que me parecía y no me entendió.

—Ostolaza sigue hablando. Sus brazos se mejían espas de molino... Todos se ríen de él. Veo que las Cortes, como los teatros, tienen su gracioso.

—Así es, en efecto.

—Y el gracioso es Ostolaza... Pues me parece que junto á él está el Sr. de Tenreiro... ¡Qué parl! ¡Si querrá también hablar...! Dígame usted otra cosa: ¿quién es ese señor *Preopinante* de quien todos hablan tan mal?

—El *Preopinante* es el que ha hablado antes.

—Dígame usted. Y cuando tengamos Rey, ¿Su Majestad vendrá también á predicar aquí?

—No lo creo.

—¿Y en qué consiste eso que dicen de que con las Cortes hay libertad?

—Es una cosa difícil de explicar en pocas palabras.

—Pues yo lo entiendo de este modo... Pongo por caso... las Cortes dirán: ordeno y mando que todos los españoles salgan á paseo por las tardes, y vayan una vez al mes al teatro, y se asomen al balcón después de haber hecho sus obligaciones... Prohibo que las familias recen más de un rosario completo al día... Prohibo que se case á nadie contra su voluntad, y que se descase á quien quiere hacerlo... Todo el mundo puede estar alegre siempre que no ofenda al decoro.

—Las Cortes harán eso y mucho más.

—¡Oh, Sr. de Araceli, yo estoy muy alegre!

—¿Por qué?

—No sé por qué. Siento deseos de reír á carcajadas. Siempre que salgo de casa, y voy á alguna parte donde puedo estar con alguna libertad, me parece que el alma quiere salirse del cuerpo y volar, bailando y saltando por el mundo; me embriaga la atmósfera, y la luz me embelesa. Todo cuanto veo paréceme hermoso, cuanto oigo elocuente (menos lo de Ostolaza), todos los hombres, justos y buenos; todas las mujeres, guapas, y llego á creerme que las casas, la calle, el cielo, las Cortes con su Presidente y su preopinante me saludan sonriendo. ¡Oh, qué bien estoy aquí! Inés y Asunción no parecen; D. Paco tampoco. Cuanto más tarde vengan, mejor. Otra cosa... ¿por qué no ha seguido usted yendo á casa por las

noches? Nosotras nos hemos reído de usted.

—¿De mí?—pregunté con turbación.

—Sí, porque se la echaba usted de devoto para agradar á mamá. ¡Qué bien hacía usted su papell! Lo mismo, lo mismito hacemos nosotras.

Me asombré de la frescura con que la infeliz niña decía claramente que engañaba á su mamá.

—Vaya usted á casa. A nosotras no nos dejaban hablar con usted; pero nos entretuvimos mirándole.

—¡Mirándome!

—Sí, sí: á todo el que va á casa le examinamos y le medimos las facciones línea por línea. Después, cuando nos quedamos solas, decimos cómo tiene el pelo, los ojos, la boca, los dientes, las orejas, y disputamos sobre cuál de las tres se acuerda mejor.

—¡Bonita ocupación!

Las tres estamos siempre juntas. La señora Marquesa de Leiva está muy enferma; y como mamá dice que quiere tener á Inés bajo su vigilancia, ha mandado que viva en casa. Las tres dormimos en una misma alcoba y charlamos bajito por las noches. ¡Ah! ¿Sabe usted lo que me ha dicho Inés? Que usted está enamorado.

—¡Qué bromazo! Tal cosa no es verdad.

—Sí, nos lo dijo; y aunque no me lo dijera... Eso se conoce.

—¿Lo conoce usted?

—Al instante. En cuanto veo á una persona.

—¿Dónde ha aprendido usted eso? ¿Lee usted novelas?

—Jamás. No las leo, pero las invento.

—Eso es peor.

—Todas las noches saco de mi cabeza una distinta.

—Las novelas inventadas son peores que las leídas, señora Doña Presentacioncita.

—Vuelva usted á casa por las noches.

—Volveré. Lord Gray las entretiene á ustedes bastante.

—Lord Gray no va tampoco,—dijo con pena.

—¿Y si supiera Doña María que usted ha venido aquí?

—Creo que nos mataría. Pero no lo sabrá. Inventaremos algo muy gordo. Diremos que venimos del Carmen, donde Fray Pedro Advíncula nos entretuvo contándonos vidas de santos. Otras veces le hemos dicho esto, y luego Fray Pedro Advíncula no nos ha desmentido. Es un santo varón, y yo le quiero mucho. Tiene las manos blancas y finas, los ojos dulces, la voz suave, el habla graciosa; sabe tocar el *ole* en un organito muy mono, y cuando no está mamá delante, habla de cosas mundanas con tanta gracia como decencia.

—¿Y Fray Pedro Advíncula, va á casa de usted?

—Sí... es amigo de Lord Gray. Es el que hace la preparación espiritual de Inés para el matrimonio, y de Asunción para el monjío... Se me figura (y esto es reservado) que él llevó la papeleta de la tribuna.

—Y á usted, ¿no la prepara para algo?

—A mí—contestó la chiquilla con profundo desconsuelo,—á mí, para nada.

Yo estaba absorto, pasmado y lelo, contemplando la seductora ignorancia, la infantil malicia, la franqueza sin freno de aquella alma, á quien la falta de toda educación mundana presentaba en la desnudez de su inocencia. Como era linda de rostro, y había tal viveza en su hablar espontáneo y armonioso, me encantaba verla y oirla. Como vulgarmente se dice con respecto á los niños, me la hubiera comido. No hallo otra frase mejor para expresar la admiración que aquel raudal de gracia y travesura, de sentimiento y dulce ingenuidad, me producía. Nombré antes á los niños, y aquí repito que aunque Presentacioncita había dejado de serlo, á mí me hacía el efecto de uno de esos chiquillos sentenciosos, que con sus verdades como puños nos causan asombro y risa. Verdad es que la de Rumblar, aun haciéndome reír, me causaba al mismo tiempo tristeza.

XIX

De pronto miré á la tribuna de señoras, que estaba al lado de la epístola, en lo que podemos llamar el proscenio de la iglesia, y creí distinguir á las dos muchachas.

—¡Allí están, allí están!...—dije á mi acompañante.

—Sí, y en la tribuna inmediata, que es la de los diplomáticos, está Lord Gray. ¿No le ve usted?... Está con la cabeza entre las manos, pensativo y meditabundo.

—No habla con ellas, ni puede hablar, porque una tabla les separa. Acaban de entrar en este momento.

Llegó á la sazón D. Paco, rojo como un pimiento, y abriéndose paso por entre la apiñada muchedumbre de *galerios* (así llamaban á los devotos de aquella religión, y así les nombraron después en son de remoquete en el tiempo de las persecuciones), acercósenos y nos dijo:

—¡Gracias á Dios que han parecido...! Lord Gray las llevó engañadas al campanario de la iglesia... después adentro... después á la calle... ¿Hase visto infamia semejante?... ¡Estoy bramando de furor!... ¡Qué habrán hecho, Sr. de Araceli, qué habrán hecho!... La señora Doña Inesita estaba más pálida que una muerta, y la señora Doña Asuncioncita más roja que una amapola... Vámonos, niña, vámonos de aquí.

—Sí, vámonos,—repetí yo.

—Yo no me muevo de aquí, Paquito. Esto me gusta mucho. Ya han acabado de leer periódicos y papeles, y vuelven los discursos... ¿Quién habla?

—El Sr. de Argüelles. ¡Buen pájaro está! ¡Pues bonitas cosas está oyendo la niña!—dijo D. Paco en voz más alta que la que á la respetabilidad del sitio correspondía.—¡Tratar de abolir las jurisdicciones, los señoríos, los

fueros, el tormento y el derecho de poner la horca á la entrada del pueblo, y de nombrar jueces! Quieren quitar las prestaciones y demás sabias prácticas en que consiste la grandeza de estos reinos.

—Pues que lo supriman todo—dijo Presentación con enfado.—De aquí no me muevo hasta que no lo supriman todo.

—La niña no sabe lo que habla—observó D. Paco suscitando los murmullos de los circunstantes con lo destemplado de su voz.—Ahora la señora Doña María no podrá nombrar el alcalde de Peña Horadada, ni cobrará tanto de fanega en el molino de Herrumblar, ni las doce gallinas de Baeza, ni podrá prohibir la pesca en el arroyo, ni los asnos de casa podrán meterse en las heredades del vecino á comerse lo que se les antoje.

—Señó abate—gritó una voz, mientras una mano pesaba con formidable empuje sobre los hombros del preceptor,—síntese y calle.

—Caballero—dijo otro,—¿se podría saber quién es usted?

—Soy D. Francisco Xavier de Jindama,—repuso con timidez y urbanidad el viejo.

—Lo digo porque en cuanto le ví á usted y le oí, dióme olor á lechucería.

—Quiere decir que es usted de la hermandad de los bobos—añadió una moza que frontera á D. Paco estaba.—Con su voz de matraca no nos deja oír los escursos.

—Haya paz, señores—clamó un tercero,—y silencio. Aquí no se viene á lamentarse de que los asnos no pueden entrar en la heredad ajena.

—El asno será él.

—¡Orden y conveniencial—gritó el portero.

—Si no, en nombre de Su Majestad, les echo á todos á la calle.

—Aquí no hay ninguna majestad,—dijo D. Paco.

—La majestad son las Cortes, señor esparraván,—afirmó con enfado un galerio.

—Es de los que vienen á aplaudir cuando rebuzna Ostolaza,—dijo otro señalando á Don Paco.

Viendo que la cuestión se agriaba, empeñéme en romper por medio del gentío, y esto causó nueva confusión y reconvenções. Al mismo tiempo entre los diputados sonó rumor de disgusto por lo que pasaba en la tribuna; habló el Presidente imponiendo silencio á los galerios, y acallados éstos un tanto, el diputado Tenreyro tomó la palabra. Como si la primera pronunciada por el buen cura de Algeciras fuera señal convenida, desatóse una tempestad de risas y demostraciones, y cuanto más el orador alzaba la voz, más la ahogaban entre sus murmullos los de arriba. Repetir el sinnúmero de dichos, agudezas y apodos que salieron como avalancha de la tribuna pública, fuera imposible. Jamás actor aborrecido ó antipático recibió tan atroz silba en corrales de Madrid. Lo extraño es que siempre pasaba lo mismo. Ya se sabía: hablar Tenreyro y alborotarse el pueblo soberano, eran una misma cosa. ¡Y qué ceceo el suyo, qué ademanes tan graciosos, qué ira olímpica para apostrofar á las tribunas, qué lastimoso gesto, qué cruzar-

de brazos, qué arrugada cara, qué singular donaire para decir disparates, ya abogando por la Inquisición, ya por una soberanía popular á la moda, representada por una especie de concilio de párrocos y guerrilleros! Vamos, francamente, era cosa de morir de risa.

El Presidente sabía que sesión en la cual Tenreyro hablase, era sesión perdida, por no ser posible contener á las tribunas: trabábanse disputas inevitables entre ciertos procuradores y el público, y el escándalo obligaba á despejar los altos de la iglesia.

Esto ocurrió en aquel día, cuando el Cicerón de Algeciras, volviéndose hacia arriba, con ademanes descompuestos y lengua balbuciente, gritó:

—Ya sabemos que esa es gente pagada.

Al oír esto, los denuestos, los improprios que lanzó el pueblo llenaron el ámbito de la iglesia, en términos que aquello parecía una jaula de locos. Agitábanse los diputados, echándose unos á otros la culpa del alboroto; nos apostrofaban también desde abajo llamándonos canalla soez, y los porteros dieron principio á la expulsión. Aquí de los apuros. Presentación y yo queríamos salir sin poder lograrlo, por tener delante una muralla de carne humana que resistía la orden del Presidente. Algunos se echaron fuera; mas no por eso se acalló el tumulto, y lo peor fué que aparecieron de súbito dos ó tres personas que tomaron el partido del orador silbado contra el silbante pueblo.

—¡Que ustedes son unos servilones, matacandelas!

—¡Que ustedes son unos afrancesados!

—¡Que ustedes son...!—imagínese el lector lo peor que haya oído en plazas, presenciado en tabernas, y aprendido en garitos.

Y no paró aquí el desastre, sino que Don Paco, viendo que alguien tomaba á pechos la defensa del pobre Tenreyro, arriesgóse, como leal amigo y contertulio, á ponerse de su parte.

—¡Envidia, no es más que envidia y rabia por las verdades como puños que dice!—exclamó.

En mal hora lo dijera. Vimos desaparecer su enjuta figura entre una masa informe de brazos y manos. Presentación gritó:

—¡Que matan al pobre D. Paco!

Salió el infeliz, ó le sacaron, es decir, allá se fué todo junto, víctima y verdugos, por la puerta afuera. Con esto se despejó un tanto la tribuna, y pudimos salir de los últimos tras la oleada de gente que mal de su grado abandonaba la sesión. Quisimos auxiliar al maestro; pero no nos era posible por hallarse distante, y aunque el infeliz no recibió golpe de arma alguna, las herramientas de puños y codos le hacían mucho daño. Al fin, acosado por todos, huyó corriendo velozmente por la escalera abajo, dando no pocos tumbos y costaladas.

Nuestra gran contrariedad consistía en que nos separaba de él una masa enorme de gente que nunca acababa de salir; así es que cuando llegamos abajo, en vano mirábamos á todos lados. D. Paco no estaba. Hacíamos preguntas

á todos; pero nadie nos daba razón satisfactoria. Quién decía: «le han llevado adentro;» quién: «le han llevado afuera.»

—¡Qué situación, qué compromiso!—decía la muchacha.—¿Pero dónde está el pobre Don Paco? Ahora tendré que ir á casa sola ó con usted.

En la calle había también apiñado gentío, entre el cual ví á uno de esos individuos que se aparecen como llovidos en toda escena de agitación popular, dispuestos á echar el peso, no de su autoridad, sino de sus garrotes en la balanza de las contiendas políticas. ¡Desgraciado Tenreyro, desgraciado Ostolaza! ¡Qué ovación les esperaba!

La hermandad de la porra no es tan antigua como el mundo, no; pero entradilla en años es.

—Busquemos, busquemos á ese infeliz—me decía mi linda pareja.—¡De modo que tengo que ir sola á casa... ¿Y qué voy á decir?... Y mi hermana é Inés, ¿dónde están?... ¡Oh, señor de Araceli, más vale que se abra la tierra y me trague!

Al fin nos dió razón del desgraciado preceptor un soldado, diciéndonos:

—Se le llevaron entre cuatro.

—¿Pero á dónde, no se sabe á dónde?

El soldado, encogiéndose de hombros, fijó su vista en la puerta de San Felipe por donde salían bastantes diputados. Felizmente y gracias á la intervención de D. Juan María Villavicencio, los que se disponían á obsequiar á Tenreyro y Ostalaza no pasaron á vías de he-

cho; mas con la agudeza de sus silbidos y el mugir de sus insultos fueron dando música á ambos personajes por largo trecho de la calle.

Fué aquel lance uno de los muchos que afearon la primera época constitucional; pero no llegó á ser tan escandaloso como el ocurrido poco después, con motivo del famoso incidente Lardizábal, y que puso en gran peligro la vida de D. José Pablo Valiente, diputado absolutista, el cual hubiera sido despedazado por el pueblo, si Villavicencio no le librara heroicamente de las garras de aquél, embarcándole al instante.

—¡Virgen Santísima! — repetía Presentación. — ¡Y esas niñas no parecen!... Vámonos al punto de aquí. Allí sale el Sr. Ostolaza... Me va á conocer.

Marchamos por la calle de San José para tomar la del Jardinillo; pero no nos fué posible esquivar las miradas y la persecución del señor Ostolaza, que llamándonos desde lejos nos obligó á detenernos.

—Señora mía—dijo el taimado clérigo,—eso está muy bien... En la calle con un mozalbete... Por fuerza ha muerto la señora Condesa...

—Por Dios y la Virgen—exclamó la muchacha llorando,—Sr. de Ostolaza... no diga usted nada á mamá. Yo le explicaré á usted... Salimos á paseo, y como nos perdiéramos, pues... No diga usted nada á mamá. ¡Ay! señor de Ostolaza: usted es un buen sujeto y tendrá lástima de mí.

—En efecto, siento lástima de la señorita.

—Quiero decir... Lléveme usted á casa... Amigo—añadió esforzándose en aparecer jovial,—oí su discurso y me pareció muy bonito... ¡qué bien habla usted, qué bien!... Da gusto...

—Basta de lisonjas—dijo el clérigo; y luego mirándome añadió:—Y usted, señor militar teólogo, ¿de qué arterías se ha valido para sacar de su casa á esta señorita?

—Yo no he sacado de su casa á esta señorita—repuse:—la acompaño porque la he encontrado sola.

—A causa del gentío, nos perdimos Don Paco y yo... quiero decir, se perdieron ellas.

—Comprendido, comprendido.

—¿Sabe usted, señor oficial teólogo—me dijo con aviesa mirada,—que antes de poner esto en conocimiento de Doña María, voy á dar parte á la justicia?

—¿Sabe usted—respondí,—señor clérigo entrometido, que si no se me quita de delante ahora mismo, le enseñaré á ser comedido y á no meterse en camisa de once varas?

—Comprendido, comprendido—repuso, poniéndose como de almagre su abominable rostro, y echándome de lleno su insolente mirada.—Sigán los pimpollitos su camino. Adiós...

Marchóse á toda prisa, y cuando le perdimos de vista, Presentación me dijo dando un suspiro:

—Nos llamó pimpollitos, y cree que somos novios, y que nos hemos escapado... Ahora ¿qué diré á mamá cuando me vea entrar con usted? Necesito inventar algo muy ingenioso y bien urdido.

—Lo mejor es decir la verdad clara y desnuda. Esto ofenderá menos á la señora que las invenciones con que usted pretenda engañarla.

—¡La verdad!... ¿está usted loco? Yo no digo la verdad aunque me maten... Corramos... ¿Habrán llegado las otras dos? ¡Jesús divino! ¡Si ellas dicen una mentira distinta de la mía...!

—Por eso lo mejor es decir la verdad.

—Eso ni pensarlo. Mamá nos mataría... A ver qué le parece á usted mi proyecto. Yo entraré llorando, llorando mucho.

—Malo.

—Pues me desmayaré, diciendo que usted es un traidor que quiso robarme.

—Peor. Diga usted que se perdieron, que encontraron á Lord Gray...

—No nombraré al inglés: eso jamás.

—¿Por qué?

—Porque ahora nombrar en casa á Lord Gray y nombrar al demonio, es lo mismo.

—Yo sé la causa: Lord Gray es amado por una de ustedes.

—¡Oh, qué cosas dice usted!—exclamó muy turbada.—Nosotras...

—Usted.

—No; ni mi hermana tampoco.

—Sé que la señora Inesita está loca por él.

—¡Oh! ¡Sí... loca, local... Dios mío, ya llegamos... Estoy medio muerta.

Al entrar en la calle y acercarnos á la casa, alcé la vista, y detrás del vidrio de uno de los miradores, distinguí un bulto siniestro, después dos ojos terribles separados por el curvo filo de una nariz aguileña, después un rayo de in-

dignación que partía de aquellos ojos. Presentación vió también la fatídica imagen y estuvo á punto de desmayarse en mis brazos.

—Mi mamá nos ha visto—dijo,—Sr. de Araceli. Escápese usted, sálvese usted, pues todavía es tiempo.

—Subamos, y diciendo la verdad, nos salvaremos los dos.

XX

En el corredor, Presentación cayó de rodillas ante su madre que al encuentro nos salía, y exclamó con ahogada voz:

—Señora madre, ¡perdón! yo no he hecho nada.

—¿Qué horas son éstas de venir á casa?... ¿Y D. Paco, y las otras dos niñas?...

—Señora madre...—continuó con aturdimiento la muchacha,—íbamos por la muralla... cayó una bomba, que partió en dos pedazos á D. Paco... no, no fué tanto... pero corrimos, nos separamos, nos perdimos; yo me desmayé...

—¿Cómo es eso?—dijo la madre con furor.—¡Si el Sr. de Ostolaza, que acaba de llegar, dice que te vió en la tribuna de las Cortes!

—Eso es... me desmayé... me llevaron á las Cortes... Después mataron á D. Paco.

—Esto debe ser obra de alguna infame maquinación—declaró la Condesa llevándonos á